

ESCENA XII.

BELISA.—DICHAS.

Belisa. Leonora....

Leonor. Belisa mía...

Belisa. ¿Cómo la fiesta has dejado?

Leonor. Tu mal me daba cuidado;

tu ausencia melancolía;

y ya que á los toros fui,

por ser tan forzoso y justo

hacer al Duque este gusto,

para agradecerle así

los excesos que su amor

tan liberal quiso hacer

en esta fiesta; (Ap. Por ver

á Tello diré mejor.)

Desta manera cumplí

contigo, amiga, y con él,

pues parte he visto por él,

y parte dejó por tí.

Dime ya, ¿cómo te sientes?

Belisa. No sé qué diga, Leonor.

Crece y mengua mi dolor

con mil varios accidentes.

Celia. El Duque ha entrado, señora,

en casa.

Leonor. ¿Qué atrevimiento!

No me dejéis un momento

sola con él.

Belisa. (Ap.) ¡Ah traidora!

Si le tratas con desdén,

y en tu inquietud y cuidado

tener amor has mostrado,

¿á quién puedes querer bien

sino á Enrique, pues mil casos

lo prueban?

ESCENA XIII.

EL DUQUE.—DICHAS.

Duque. Como á la aurora

sigue el sol, bella señora,

siguen tus plantas mis pasos;

y como todo el lugar

está en los toros, y hallé

la calle sola, tomé

esta licencia de entrar.

Perdona excesos de amor,

cuando ya se ve rendida

al sentimiento la vida,

y la paciencia al dolor.

Leonor. De vuestra nobleza fio,

que por mas ciego que estéis,

siempre, Duque, miraréis

por la fama y honor mio.

(Ap. á la criada. Celia, ¡volviose la gente

á los toros?)

Celia. Al instante.

Esta que tienes delante (Por Belisa.)

hay en casa solamente.

Sin guarda alguna has quedado:

pues la ocasion te convida.

págale al Duque....

Leonor. ¡Atrevidal!

Calla.

Celia. (Ap.) El diablo me ha engañado.

Leonor. (Ap. Divertir y entretener

con industria me conviene

al duque en tanto que viene

quien me pueda defender:

que ayudan las dos su intento,

y temo alguna violencia;

que suele la resistencia

despachar el sufrimiento.)

Supuesto que habeis entrado

sin ser de nadie sentido,

Duque, seais bien venido;

que á ocasion habeis llegado

en que deseaba el pecho

agradeceros, señor,

la fiesta que vuestro amor

hoy por obligarme ha hecho,

é intentaba relatar

á Belisa lo que ví

de los toros, porque así

su dolor pueda aliviar.

Duque. Será con eso doblada

la fiesta de hoy para mí.

Belisa. Dí pues, y veréla así

en tu boca mejorada.

Leonor. El sol hermoso en movimiento leve

la tercer parte comenzaba al día,

y presurosa la alterada plebe

confusamente alegre concurría:

segun que toda se baraja y mueve,

juzgarás que la plaza se movía,

compitiendo el bullicio y el ruido

en divertir la vista y el oido;

cuando un ligero toro, que no olvída

en Henáres los pastos de Jarama,

carbon del enerno al pié, porque despida

humo el aliento si la vista llama,

alta cerviz, cerdosa y recogida,

sale furioso, y vengativo brama,

y á un mancebo que ve, ciego arremete,

de la cola erizado hasta el copete.

Hurtose al golpe el jóven con destreza;

y aunque volver quisiera al toro airado,

obedece á su misma ligereza,

y contra sí se mueve arrebatado,

hasta que, de encontrar con la cabeza

en un mármol, cayó desatinado,

donde probó el tumulto embravecido

cuánto corta la espada en un rendido.

El segundo salió, cuya belleza

al robador de Europa dió recelo;

que lo excede en blancura, en ligereza,

al toro vence que da signo al cielo:

tres manchas en el anca, hombro y cabeza,

negros lunares son del blanco velo,

y de color bermejo rodeadas

espesas nubes de Titan bordadas.

En breve rato en una y otra vuelta

el término cercado discurría,

dando á la mal segura turba, envuelta

en temor y alboroto, la alegría;

cuando un impulso de intencion resuelta

la fiera en curso arrebatado guía

á la fuente, que está dando á la plebe

contra el toro y la sed andamio y nieve.

Arrojóse veloz, y saltó dentro

tras uno que seguro le llamaba;

á tres ó cuatro arrebató de encuentro

el ímpetu violento que llevaba:

todos visitan con el golpe el centro

y el toro entre ellos solo procuraba

salir, y el agua, de su humor teñida,

sepulcro de coral hizo á su vida.

En esto comenzó súbitamente

una cuestion de fieras cuchilladas,

y amontonado el pueblo diligente,

brillan al sol desnudas mil espadas:

crece el marcial ardor, y de la gente

dos escuadras se forman encontradas:

esta apellida al natural Henares,

aquella al forastero Manzanares.

Sueltan un toro, medio ya postrero

contra la lucha y célera encendida;

era barroso y grande, aunque ligero,

corto de cuello y cuernos, escondida

en un cerdoso remolino fiero

la frente, abierta la nariz hendida,

negro de extremos, y de hocico romo,

de negra cinta dividido el lomo.

Tello, airoso, galan, gentil mancebo,

al mismo tiempo entró por otra parte,

confianza al amor, invidia á Febo,

amor á Venus y temor á Marte:

pardo el vestido, mas con modo nuevo

de diamantes tal cópia le reparte,

que un diamante juzgaras el vestido,

y que estaba de pardo guarnecido.

Va en un rucio andaluz, pisador, bello,

de grande cuerpo, en proporcion formado,

al ancho pecho igual el corto cuello,

de alta, corva cerviz hermoscado,

riza la erin, la cola y el cabello;

el breve rostro alegre y sosegado,

anchas las ancas, de barriga lleno,

presto á la espuela y obediente al freno.

Y parece que el toro, de ofendido

de que el pueblo por él lo desampara,

parte invidioso y entra embravecido

al experto caballo cara á cara;

mas Tello, reportado y prevenido,

así el rejon á la cerviz prepara,

que se encontraron en la misma herida

á entrar el hierro y á salir la vida.

Duque. Vuestros sutiles pinceles,

Leonor, la fiesta dibujan,

de suerte, que habeis vencido

la verdad con la pintura.

Belisa. ¿Qué Tello matase el toro!

Celia. ¿Qué mucho? Dióle en la nuca

como le pudiera dar

en un pié: todo es ventura.

Leonor. (Ap.) ¡Ay, Tello, de cuántas flechas

hieren mi pecho las puntas.

Celia. (Ap. con Belisa.) ¡Oh qué necio anda en

el Duque esta coyuntura!

Sin defensa está Leonor,

nosotras de parte suya,

y la vecindad sin gente

que á impedir su intento acuda.

Belisa. Bien dices.

Celia. ¿Cómo le puedo

advertir, sin que descubra

Leonora, que desleal

doy favor á sus injurias?

Belisa. Estremada es la ocasion:

algun medio, Celia, busca;

que así de Enrique me vengo
y mis celos se aseguran.
Celia. Si por señas no me entiende,
no hay remedio.
(Hace señas al Duque por detrás de Leonor.)

¿Qué, rehusas
gozar la ocasion, cobarde?
Duque. (Ap. Celia me dice sin duda
que me atreva. Corazon,
¿Qué recelas? Qué te turbas?
Intenta; que á los osados
favorece la fortuna.)
Ya, mi bien, que esta ocasion
el fin de mi mal anuncia,
pues no hay aquí quien impida
tu favor y mi ventura,
dén principios tus alientos
á inspirar auras segundas,
y los astros de tus ojos
más benignamente influyan.
Dulces favores en premio
de tantas penas tributa,
(Tomándole la mano.)

y á mis manos comuniquen
rayos de cristal las tuyas.

Leonor. Duque, mirad. . .

Belisa. (Ap. á Celia.) Entendílo;
mas advierte ¡con qué industria
al Duque animo, fingiendo
que doy á Leonor ayuda!

Leonor. (Como quien pide auxilio.) ¡Belisa!

Belisa. Duque, soltad.

(Despártelos, pero aprietta la mano al Duque en señal de inteligencia.)

Duque. ¿Tú mis intentos repugnas?

Belisa. Si á emprender atrevimientos
os anima por ventura
ver que no hay hombres en casa
que á darnos socorro acudan. . . .

Celia. (Ap.) Bien le advierte.

Belisa. Si el estar
en la plaza toda junta
la villa os pone osadía
para hazañas tan injustas,
valor tenemos las tres
para impedir vuestra injuria.
Frágiles son nuestros brazos,
mas no nuestras lenguas mudas:
voces daremos al viento. . . .

Celia. (Ap.) Al viento.
Belisa. Que el cielo escucha
si los humanos oídos
las fiestas agora ocupan.

Duque. (Ap. No hay que esperar; que Belisa
con sus razones agudas,
del poco riesgo me advierte
mientras osado me acusa;
y en tanto que me amenaza,
me anima con señas mudas;
que apretándome la mano
desmiente lo que pronuncia.)

Belisa, á un rigor tan largo,
á una condicion tan dura,
ni hay amor que la resista,
ni paciencia que la sufra.
(Llégase á Leonor para abrazarla.)

Y así, pues eres discreta,
No te espante que reduzca
á violenta ejecucion
dilaciones tan injustas.

Leonor. ¿Qué es esto, duque? escuchad.—
¡Belisa!

Belisa. ¿Qué gran locura!

Leonor. ¡Celia! ayudadme las dos.

Duque. En vano remedios buscás.

Belisa. (Ay. á Celia.) Yo me finjo desmayada,
Celia, por no darle ayuda;
Tú finge otra cosa.

Celia. Vaya.

(Belisa, fingiendo que se desmaya, se retira
haciendo extremos, y se deja caer fuera de
la escena.)

Leonor. ¡Ah traidoras! que ninguna
me socorre!

Celia. (Llega como á ayudar á Leonor.) Des-
Belisa la tierra ocupa; (mayada
pero yo basto. Apartad.

(Apártase ella, poniéndose las manos en los ojos.)

Muerta soy. ¡Qué desventura!
Con los dedos me ha quebrado
los ojos. ¡Ay triste! Nunca
te diera favor. (Ap. Por Dios,
Que habeis de beber la purga.)

Leonor. ¡Favor!

Celia. ¡Confesion!
(Leonor se entra huyendo del Duque, que la
persigue. Celia se entra también por otro
lado.)

ESCENA XIV.

D. ENRIQUE, sin espada, y con un brazo sosteni-
do en una banda.—TRISTAN.

D. Enriq. ¡Ay cielos!

Doña Leonor pide ayuda.

Dame esa espada.

(Sácale la espada á Tristan, y éntrase.)

Tristan. Que siempre
has de andar en aventuras.

ESCENA XV.

LEONOR, con las faldas recogidas, huyendo.—

Tello, que le sale al encuentro.—TRISTAN.

Leonor. ¡Ay de mí!

Tello. Leonor, ¿qué ha sido?

Leonor. Vencerme el Duque intentó
por fuerza, y Enrique entró
á tiempo, que lo ha impedido.

ESCENA XVI.

EL DUQUE y D. ENRIQUE, acuchillándose.—
BELISA y CELIA, deteniéndolos.—DICHOS.

Duque. ¿Sabeis dónde habeis entrado?

D. Enriq. (Ap.) ¡El Duque es!

Duque. ¿Sabeis quién soy?

D. Enriq. Bien lo sé; pero ya estoy
con justa causa empeñado.

Duque. Muera el que se me ha atrevido.

Leonor. Viva el que guardó mi honor.

Tello. (Ap.) Si es el uno mi señor,
el otro tambien lo ha sido.

Uno mi dama ha guardado,
á otro debo lo que soy.

ESCENA XVII.

EL MARQUES—DICHOS.

Marques. ¿Qué es lo que mirando estoy?

Tristan. (Al oído al Marques.) ¡A qué buen tiem-
(po has llegado!

Da favor á tu pariente.

Marques. (Saca la espada.) Duque, enfrenad el
Duque. ¿Aquí estais vos? mi rigor (furor.

es fuerza que se acreciente;
que pues mi amor no ignorais,
habeis de ver, vive Dios,
que es vedada para vos
esta casa que pisais.

Marques. Yo he de servir á Leonor

Si al mundo todo pesare. (Acuchillanse.)

Duque. Si mi espada no cortare
las alas á vuestro amor.

(Métese en medio Leonor)

Leonor. Duque, Marques, reportad
el furioso desatino,

ó por mi pecho el camino

para los vuestros buscad.

¿Qué es aquesto? ¡Por ventura

es quererme, es obligarme

destruirme y infamarme

con tan estraña locura?

¿Así me estimais? ¿Acaso

sois alguna parte aquí?

¿Cómo litigais por mí

sin consultarme en el caso?

El fin de vuestra porfía,

el conquistar mi beldad,

¿está en vuestra voluntad,

ó ha de nacer de la mia?

D. Enriq. Dice bien.

Belisa. Tiene razon

doña Leonor, y era justo

que fuese solo su gusto

juíz desta disension.

Ella declare su intento,

y al que escoja la podrá

Servir.

Leonor. Lo demas será

cojer en redes el viento.

Duque. (Ap. Pues esto ha de ser al fin,

ganar por la mano es justo

en obligalla.) Tu gusto

tiene mi amor por su fin.

Leonor, tu sentencia espero,

en mis servicios me fio.

Marques. En tu gusto vive el mio.

(Ap. Con esto obligarla quiero.

Demas que voy confiado,

pues hoy me ha favorecido,

y el duque es aborrecido,

si Celia no me ha engañado.)

Leonor. De modo que prometeis

que á mi gusto y elecion,

sin hacer contradicion,

ambos obedecereis.

¿Cumplireislo así los dos?

Marques. Que lo cumpliré asegurado.

Como quien soy.

Duque. Yo lo juró,

Leonor, al cielo y á vos:
 Leonor. Pues tan confiada estoy,
 supuesto que es ley forzosa
 vuestra palabra, de esposa
 á Tello la mano doy.
 Marques. Es engaño.
 Leonor. (Ap. al Marques.) Yo he de ser
 del Duque, si lo impedís.
 Duque. ¡Leonor!.....
 Leonor. (Ap. al Duque.) Si contradécís,
 al Marques he de escojer.
 Marques. (Ap.) Tello la goce marido,
 y no el Duque vencedor.
 Duque. (Ap. Dársela á Tello es mejor
 que ser del Marques vencido.)
 Dale la mano.
 Tello. Señor.....
 Leonor. (Ap. á él.) Dala, ó al Marques escojo.
 Duque. O apérbete á mi enojo,
 ó á lo que manda Leonor.
 Leonor. (Ap. á Tello.) Bien con esto se asegura
 Tu celoso devaneo.
 Tello. (Ap.) ¡Que á lo mismo que deseo
 Me obliguen! Todo es ventura.
 (Dale la mano.)
 La mano á Leonora doy,
 Y los piés al duque pido.
 Duque. Levanta.
 D. Enriq. Amigo querido,
 De tu dicha alegre estoy.
 Tello. Pues á tí la debo, es justo.
 D. Enriq. Tú pues, Tello, y tú, Leonora,
 pues sabes que me es deudora
 de tu vida y de su gusto,

con Belisa habeis de hacer
 que galardone mi amor.
 Belisa. A no haber sido traidor,
 no lo hubieras menester.
 D. Enriq. ¿Yo traidor?
 Belisa. (Muéstrale un papel.) ¿Quién escribió
 este billete?
 D. Enriq. El Marques
 á Leonora, y Tristan es,
 Belisa, quien lo llevó.
 Belisa. Cuatro noches há, infiel,
 ¿no la requebraste?
 D. Enriq. Sí;
 mas ser el duque fingí,
 porque me hablaba por él.
 Belisa. ¿Cómo á verme no has venido,
 no yendo á los toros hoy?
 D. Enriq. Porque, pues lo viste, estoy
 desde aquella noche herido.
 Belisa. Basta; satisfecha quedo.
 Leonor. Acaba, Belisa mia.
 Tello. Has ya del todo éste día
 venturoso.
 Belisa. Ya no puedo
 resistir: la mano doy.
 D. Enriq. Yo el alma y la mano.
 Marques. Y yo,
 Duque, os la doy, pues cesó
 Ya la ocasion.
 Duque. Vuestro soy.
 Y pues serviros procura
 el autor, noble senado,
 si hoy no os hubiere agradado,
 dirá que *Todo es ventura.*

FIN.

CARACTERES DISTINTIVOS

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE

D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

Al principiar el segundo tercio del décimoseti-
 mo siglo, cuando aun vivia Fr. Lope Félix de Ve-
 ga Carpio, y ya gozaba D. Pedro Calderon de la
 Barca celebrada, justamente adquirida con algu-
 na de sus mejores comedias, el teatro español, ad-
 miracion de la Europa culta, habia llegado á la
 cumbre de su prosperidad, al período mas brillan-
 te de gloria. El drama nacional, produccion espon-
 tánea del suelo, árbol magestuoso, cuyo ramaje ha-
 bia crecido sin probar casi los filos de la crítica,
 daba copiosísimos frutos, aunque no siempre bien
 maduros y saludables. En las desahogadas dimen-
 siones de la forma dramática establecida por Lo-
 pé, cabian y entraban de hecho todos los elemen-
 tos del drama griego y latino, indistintamente mez-
 clados: lo patético lo mismo que lo ridículo; la su-
 blimidad de Sófoles y el gracejo plantino, juntos
 en una accion fingida, como en la vida real se jun-
 tan á cada paso la grandéza y la pequeñez huma-
 nas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo
 el nombre genérico de *comedia*, que significaba
 entonces *fábula dramática* ó *drama*, lo mis-
 mo se comprendia una composicion histórica, gra-
 ve en la mayor parte de sus escenas, como un poe-
 ma en que todo era inventado y alegre. Título de
comedia llevaban los poemas dialogados cuyos pro-
 tagonistas eran la reina Ester y los reyes D. Ro-
 drigo y D. Pedro, lo mismo que *La moza de cán-
 taro*, *El desden con el desden* y *La villana de Va-
 llecas*: toda produccion dramática era llamada *co-
 media* en teniendo tres actos. Aparte, pues, del
 auto sacramental, que si llevaba esa denominacion
 sería porque constaba de una jornada sola, habia

en el teatro español dos especies principales de
 comedia: la de capa y espada, y la historia, tradi-
 cional ó mítica, sagrada y profana. En ambas es-
 pecies de drama y sus variedades, el punto de par-
 tida para el autor era generalmente uno, porque
 todos consideraban el teatro de la misma manera:
 le tenian por el verjel de la poesia nacional, no
 por una cátedra facultativa; por un lugar donde
 se proporcionaba al público un recreo lícito; y en
 agradando, la obligacion estaba cumplida. No co-
 diciaban nuestros antiguos dramáticos el renom-
 bre de filósofos, de moralistas, de maestros del pue-
 blo: creyendo que la enseñanza moral era insepa-
 rable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes
 aleccionasen á los fieles desde el púlpito; y solo to-
 maban aquel grave carácter en los dramas devo-
 tos, porque allí la doctrina emanaba directamente
 del asunto. La comedia moral, aquella que pre-
 tende inculcar en el ánimo de los espectadores
 una máxima salubable y útil, ya por medio de la
 representacion de un carácter principal, ya por la
 accion combinada de todas las figuras compendi-
 das en una fábula, raras veces aparecia en la esce-
 na española, donde se moralizaba por casualidad
 más que de intento. Nuestro drama era una no-
 vela cabalresca; el caballero español adoraba,
 despues de Dios, en su honor, en su rey y en su
 dama; y sabido es que las exigencias del honor,
 las del vasallaje y la galanteria no van siempre
 conformes á la ley evangélica ni á las de la recta
 razon y justicia. En ley de justicia, Sancho Ortiz
 de las Roelas no debia matar á Bustos, por mas
 que un rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era